

FABER, Sebastiaan: *Exile and cultural hegemony: Spanish intellectuals in Mexico, 1939-1975*, Nashville, Vanderbilt University Press, 2002. 322 pp.

El exilio republicano de 1939 transformó profundamente la relación secular entre España y México. Un vínculo histórico de proximidad no exento de diferencias tales como el choque entre la construcción de la identidad nacional mexicana y la nostalgia imperial española. En ese espacio, los intelectuales desterrados contribuyeron a forjar una imagen renovada de estas percepciones cruzadas, potenciando la tradición cultural común con la defensa de la democracia. Algo inseparable del contexto internacional y del proceso de institucionalización de la Revolución. Es notoria la relevancia del legado cultural y científico del exilio para la sociedad de acogida. Una huella simétrica a la pérdida infligida a la España de los cuarenta. Aunque Faber no lo ignora realiza una lectura crítica de sus connotaciones públicas. Su análisis de figuras señeras transmite una premisa esencial: la incorporación de estos intelectuales a una estrategia organizada de legitimación del régimen de partido mexicano.

En una coyuntura internacional cambiante y desfavorable, los exiliados se vieron acuciados por necesidades vitales de integración en un destierro prolongado. Salvo la breve esperanza de 1945, la división interna fue una constante en la estrategia de oposición a la Dictadura. Así, el recuerdo de la ayuda durante la guerra y la amplia acogida cardenista alimentaron la identificación entre proyecto republicano y oficialismo. Sin embargo, es discutible la caracterización de estos españoles como agentes *orgánicos* del régimen local. En primer lugar porque su prioridad política es España; en segundo, porque la adhesión a los sucesivos gobiernos tiene otras explicaciones como la gratitud o la afinidad; por último, la diversidad individual y colectiva del exilio político

no permite simplificaciones que lo reduzcan a una mera herencia *frentepopulista* derivada en pilar del *priismo*.

Faber señala algunas contradicciones entre el discurso y la práctica de estos intelectuales aprovechando el análisis de la figura de Paulino Masip. Una idealización de la cultura popular que refleja el conflicto entre planteamientos de origen liberal y la praxis de izquierda mayoritariamente marxista. De este modo, subraya sus resabios de nacionalismo español esencialista mezclado con proclamas sociales; enfatiza las pervivencias de los roles de clase y género tradicionales y los presenta como una clase privilegiada que se arroga una representatividad exagerada.

Según el autor, la utopía *panhispanista* en Junta de Cultura Española, la visión de México como *destino* y como *nacimiento* o la visión igualitaria entre continentes surgirían de un rechazo de la culpa del superviviente en busca de integración. El conflicto esencial de los intelectuales giraría en torno a la lealtad al país de acogida o su fidelidad a España. No obstante se trata de una argumentación cuestionable considerando la solidez de los vínculos culturales e históricos, la provisionalidad inicial de la acogida o que la actitud cardenista fue la más amistosa de un contexto hostil.

Faber reflexiona sobre la relación entre alta cultura y cultura popular a través de la actividad editorial. Ésta marcó su impronta en el sector iberoamericano pese a su desconexión con los lectores españoles motivada en parte por la censura impuesta aquí a este *canon alternativo*. La influencia de Ortega por medio de Gaos y sus seguidores permite al autor incidir sobre el elitismo. La extracción de cierto *Volkgeist* hispano tuvo repercusión en autores mexicanos

que trabajaron su identidad nacional. La aceptación de los postulados del nacionalismo mexicano de Estado suponía un rechazo de la violencia revolucionaria. Tanto la primigenia de 1910 como la latente en un país de crecientes desigualdades. El autor presenta dicho idealismo y el neologismo *transterrado* como herramientas de cooptación de los intelectuales mexicanos y españoles para la causa de legitimación gubernamental. Asimismo, interpreta la compleja figura de Max Aub oponiendo su aislamiento del público español y su relativo fracaso a un ascenso social impulsado desde el poder. Aunque reconoce su independencia y realismo, censura el carácter estrictamente privado de sus quejas ante los excesos de las autoridades. La inserción laboral es analizada como un recurso del partido para el control de la cultura y la comunicación al servicio del régimen, cimentado en una ideología de izquierdas de rígido control político de los movimientos sociales. Más allá del socialismo cardenista, la lealtad al PRI se basaría en una dependencia directa de los presidentes unida a una actitud acrítica ante el déficit democrático, una asunción del nacionalismo y la identidad mexicanas y una progresiva despolitización de la cultura. Frente al compromiso activo de los años treinta, una vuelta a las torres de marfil.

El trasfondo crítico de este ensayo suscitará rechazo en quienes valoren el legado del exilio de modo positivo. No obstante, los aspectos polémicos sugieren un interesante debate acerca de los límites de la acogida y de las contradicciones internas del discurso de los refugiados. El corporativismo público patrocinó a los intelectuales españoles a cambio de un

apoyo que Faber tacha de *silencio complaciente*. Sin embargo esta interpretación debe matizarse. La cercanía de los españoles a las autoridades puede entenderse como una deuda de gratitud por el soporte material y político a su causa y a sus necesidades personales. Asimismo, durante los años treinta y cuarenta, México experimenta un desarrollo económico y democrático favorable comparado con Iberoamérica o España, pero no con estándares occidentales, donde resalta la omnipresencia del PRI en el poder. La vocación primordial del exilio político fue la recuperación de la República y no la injerencia en la política local. Incluso cierto aislamiento fue una condición para una acogida que debía superar tópicos como el de *gachupines* neocolonizadores o *rojos revolucionarios*. Los republicanos constituían un grupo más heterogéneo y menos disciplinado de lo que se presenta aquí. Si la jerarquía interna fue discutida en los partidos, lo fue más aún entre intelectuales independientes, cuyas ideas no eran necesariamente propaganda orgánica sino expresión de su diversidad. Con frecuencia presentaban su proyecto cultural y educativo de orígenes krausistas como símbolo del ideal republicano, de su capacidad transformadora y de su soñada rehabilitación. Un *tesoro* que salvaguardar para un futuro de unidad. Un legado del que se considera depositaria a esa *España Peregrina*. Los refugiados se vieron envueltos en una encrucijada compleja de identidades cruzadas, de contradicciones y estériles divisiones. A pesar de ello, el nivel de integración fue considerable y contribuyeron a la inviabilidad del régimen tras la desaparición del dictador.

Pablo Jesús Carrión Sánchez